

pueblo que oimos en las plazas públicas. Nosotros por nuestra parte hacemos lo posible, para que nuestras asambleas no se compongan sino de personas prudentes, y no tenemos reparo en revelar lo mas sublime, lo mas divino de nuestra creencia, siempre que nos hallamos entre oyentes capaces de entenderlo. Por el contrario, sabemos guardar un profundo silencio acerca de nuestros misterios, quando los que nos escuchan carecen de comprehension, y tienen todavía necesidad de ser alimentados con leche.

N. 53. Pablo escribiendo á los Corintios, les dice: «Yo os he dado leche en vez de un alimento sólido, porque no podiais digerirlo; ni aun ahora podeis tampoco, puesto que todavía sois carnales.» (I. Cor. 3.) En otra parte tambien hace distincion entre el perfecto alimento del alma, y el de los nuevos Christianos, que compara á la leche. «Vosotros, dice, necesitais de leche, y no de un alimento sólido. El que se alimenta de leche, no se alimenta del discurso de la justicia, porque todavía es niño, y un alimento sólido no conviene sino á los perfectos, que han aprendido por experiencia á discernir el bien del mal.» (Hebr. 5.) Supuestos estos pasages que citamos con tanto elogio, ¿se podrá creer, que nosotros no queremos hablar de lo mas sublime que hay en nuestras Escrituras, en presencia de personas sábias, y que las divulgamos con empeño delante de niños, esclavos

é idiotas? El que esté un poco versado en nuestras Escrituras, no hallará en las acusaciones de Celso, sino mala fe y un ciego aborrecimiento á los Christianos, semejante al del mas ruin populacho.

N. 54. Por lo demás, nosotros confesamos sin dificultad, que quisiéramos, por mas que diga Celso, instruir á todos los hombres en nuestra divina doctrina. Nosotros damos á los niños, aquellos preceptos que son proporcionados á su edad; y enseñamos á los esclavos á que se hagan libres, por medio de los nobles sentimientos que derramamos en sus corazones. Así es que los Apóstoles del Christianismo declaran altamente, que á todos son deudores, á los Griegos y á los Bárbaros, á los sábios y á los necios, y que ponen todo cuidado en sanar la comprehension de estos últimos, y en disipar su ignorancia.

Salomón exclama así en los Proverbios: «Insensatos, entrad dentro de vosotros mismos; lléguese á mí el mas insensato de vosotros.» (Prov. 8.) Y la Sabiduría misma: «Venid, comed de mi pan, bebed [de mi vino, renunciad á la locura, á fin de que vivais, y corrijais vuestra alma por medio de la ciencia.» (Prov. 9.)
¿Con que los Griegos y los Bárbaros han de poder exhortar á bien vivir á los niños, á los esclavos y á los insensatos, é incitarlos al estudio de la Filosofía; y en nosotros será un crimen convidarlos á que se instruyan en nuestra

Religion! Y eso que nosotros no llevamos otro designio, sino el de sanar á todos los seres racionales, y grangearles la benevolencia del Dios del universo.

N. 55. Celso continúa sus invectivas. Veamos ahora á quien agravian mas, si á él ó á nosotros. »Se ve, dice, que los cardadores, los zapateros, los bataneros, los hombres mas záfios »é ignorantes, que no se atreverian á desplegar »sus labios en presencia de personas sábias y »padres de familia; se ve, digo, que quando »encuentran muchachos ó mugercillas solas, les »hacen discursos ridículos, y les sugieren que »no den jamás oídos á sus padres ni á sus maestros, porque son imbéciles y mentecatos. Nosotros, añaden, sabemos solamente cómo se ha »de vivir; nosotros solos podemos enseñaros el »medio de ser felices: pero si quereis aprender »alguna cosa, es preciso que abandoneis á vuestros maestros y á vuestros padres, y concurráis »con las mugeres y los niños, á la habitacion »de las mugeres, á la tienda de un zapatero ó »de un batanero, donde os enseñarán lo que hay »de mas perfecto. De este modo persuaden los »Christianos.«

N. 56. Vease de qué suerte insulta Celso á nuestros Doctores; á unos hombres, que emplean todos los medios posibles para elevar las almas al Criador del mundo; que enseñan á despreciar todas las cosas sensibles y caducas, á hacerlo

todo, á sacrificarlo por ser admitido en la sociedad de Dios mismo y de los amantes de Dios: sociedad incomparable, en la qual no llamarán nuestra atencion sino objetos sublimes y espirituales, y en ella disfrutaremos la verdadera felicidad.

A estos llama Celso viles artesanos, hombres ignorantes y de baxa ralea; y de ellos dice, que seducen á las mugeres y á los niños, y les hacen sacudir el yugo de sus padres y maestros. Pero nómbrenos un padre sabio, ó algunos maestros virtuosos, á cuyos hijos y discípulos hayamos seducido: coteje lo que nosotros enseñamos á las mugeres y á los niños con lo que se les había enseñado antes, y manifieste que nosotros hemos substituido lecciones del vicio y del libertinage á los principios del honor y de la virtud. No tememos hacerle este desafio. Se sabe por el contrario, que nosotros apartamos á las mugeres de toda especie de desórdenes, del divorcio, del furor de los espectáculos, de la passion del bayle, de la supersticion; y que ponemos freno á la licencia y al arrojio de la juventud, no solamente haciendole sentir la infamia del libertinage, sino tambien haciendole temer los juicios de Dios, y los castigos que tiene reservados para el crimen.

N. 57. Pero ¿quiénes son esos maestros tan celebrados por Celso, que nosotros tratamos de mentecatos? ¿Son por ventura aquellos, que ar-

rastran á las mugeres á las prácticas supersticiosas y á los espectáculos disolutos, y á los jóvenes, á aquellos desórdenes que por desgracia se han hecho ya muy comunes? Pues por lo que hace á los Filósofos y á los Maestros que enseñan alguna cosa útil, no es posible que pruebe Celso, que nosotros hayamos jamás seducido á sus discípulos: antes bien llamamos igualmente á los Filósofos al Christianismo, por mas que Celso pretenda, que no buscamos sino á los insensatos. Nosotros prometemos atrevida y abiertamente la suma felicidad á todos los que vivan conforme á la Ley de Dios, refieran á él todas sus acciones, y en todo obren como que están en presencia de Dios, testigo y juez de todas sus obras. ¿Son estas máximas de cardadores, bataneros, zapateros, en una palabra, de los hombres mas ignorantes?

N. 58. Pero estos mismos hombres, segun Celso, están muy distantes de decir cosa alguna aun á los niños, en presencia de sus padres y maestros. ¿De qué padres habla? ¿De qué maestros? Porque si habla de los partidarios de la virtud y enemigos del vicio, es cosa bien sabida que nosotros en presencia de estos no tememos instruir á los niños; antes estamos seguros de la aprobacion de tales jueces. Mas si habla por el contrario de los calumniadores de la virtud y apóstoles del vicio, tiene razon en lo que dice, y nó por eso se nos puede censurar con

justicia. Y sino decidme: ¿revelariais vosotros los misterios de la Filosofía á los jóvenes, en presencia de unos padres, que mirasen á la Filosofía como una ciencia vana y de ningun provecho? Nada menos que eso; sino que procurariais hablarles en particular, y buscariais una ocasion favorable para grabar las máximas de la sabiduría en sus tiernos corazones.

Lo mismo, pues, debe decirse acerca de los maestros. Es indubitable, que nosotros huiremos, quanto nos sea posible, de unos maestros corrompidos y corruptores, que no hablan á sus discípulos sino de versos amorosos, comedias obscenas y otras cosas semejantes: pero si se trata de aquellos maestros que enseñan la virtud, tan lejos estamos de quitarles sus discípulos, que antes bien si los hallamos preparados por el estudio de la Filosofía, procuraremos servirnos de aquellos mismos elementos, para elevar sus espíritus á las nociones esenciales y sublimes del Christianismo, á aquella Filosofía por excelencia, Filosofía misteriosa, que es la Filosofía del mismo Dios, de los Profetas y de los Apóstoles de Jesus, como á cada paso lo estamos demostrando.

N. 59. «Nada he exágerado, prosigue Celso; porque los que estimulan á los demás misterios, suelen decir: lleguense aquellos cuyas manos son puras y su lengua circumspecta; que están exentos de todo crimen, han vivido siempre bien, y tienen una conciencia sin remor-

indimientos. Así se explican los que prometen la expiación de todas las culpas. ¿Y cómo se explican los Christianos? *Todos los pecadores, dicen, todos los insensatos, todos los niños, todos los desgraciados serán recibidos en el reino de Dios.*

¿Y á quiénes llamais pecadores, sino á los hombres injustos, á los ladrones, á los atosigados, á los sacrílegos? Luego vosotros quereis formar una sociedad de salteadores y malvados.

Debemos responder, que el presentar á los enfermos remedios oportunos para su curacion, es muy distinto de convidar á los sanos á que se instruyan en las ciencias divinas. Nosotros procuramos no confundir estos dos objetos. Primero exhortamos á los hombres á que procuren su curacion; convidamos á los pecadores á que escuchen á nuestros Doctores, que les enseñarán á no pecar; á los insensatos, á que reciban la sabiduría, y á los niños, á que piensen como racionales. Prometemos tambien á los desgraciados, que les mostraremos el camino de la felicidad. Quando finalmente vemos, que todas estas gentes se han corregido en la realidad, por medio de nuestra doctrina, pensamos en iniciarlos en nuestros misterios; porque *á los perfectos les hablamos el lenguaje de la sabiduría. (I. Cor. 2.)*

N. 60. Como nosotros enseñamos, que *la sabiduría no tendrá entrada en una alma perversa, ni habitará en un cuerpo sujeto al pecado (Sap. 1.),* decimos consiguientemente, que se llegue á nosotros

el que levante sus manos puras á Dios; que aquel cuya lengua sea circumspecta, porque medita dia y noche la Ley Divina, y que ha aprendido á discernir el bien del mal, no repare tomar los alimentos sólidos y espirituales que convienen á los atletas de la piedad y de todas las virtudes; y finalmente que aquel que está limpio, no solo de todo crimen, sino aun de las culpas mas leves, se acerque con seguridad á ser iniciado en los misterios de la Religion de Jesus, que no han sido instituidos sino para los justos y santos.

El Hierofante ó Sumo Sacerdote de Celso, exclama: *lléguese aquel á quien de nada acuse la conciencia:* y el Sacerdote que inicia en los misterios de Jesus, dice á aquellos cuya alma ha sido ya purificada: *Aquel que de mucho tiempo acá no tiene de qué acusarse, y sobre todo desde que fue curado por medio de nuestra doctrina, escuche ahora lo que Jesus explicaba en particular á sus Discipulos.* Luego Celso, que opone los Ministros de las ceremonias de los Griegos á los Sacerdotes de la Religion de Jesus, no ha comprehendido la diferencia que hay entre exhortar á los malos á que tomen remedios saludables, y convidar á las almas puras á la participacion de los misterios.

N. 61. Nosotros, pues, exhortamos á aquellos, cuyos crímenes exagera Celso, los exhortamos, digo, á que se conviertan; pero no los hacemos participantes de nuestros misterios, ni les comunicamos aquella *sabiduría oculta, que Dios habia*

preparado antes de los siglos para gloria de los justos. (I. Cor. 2.) Porque nuestra Religion ofrece á los enfermos socorros particulares dispuestos para ellos, segun aquellas palabras de Jesu-Christo: los sanos no tienen necesidad de Médico, sino los enfermos (Mat. 9.): y al mismo tiempo promete á los que tienen el cuerpo y el corazon puros, la revelacion del misterio oculto en los siglos eternos, y manifestado por los oráculos de los Profetas, y por la venida de nuestro Señor Jesu Christo. (Rom. 16. II. Tim. 1.) Esta venida, manifiesta á todos los perfectos, les comunica luces superiores acerca de aquellas cosas, cuya ciencia es de la mayor importancia.

Un ladron, nos dice Celso, ¿recurriria á otras personas que á esas mismas, á quienes convidais vosotros? Para proceder con exáctitud, era preciso que añadiese, que el objeto de un ladron es servirse de aquellas personas para robar y asesinar; siendo así que el nuestro no es otro, sino el de sacarlos del abismo de sus desórdenes, vendar las llagas de sus almas, y extinguir el fuego de las pasiones que los abrasan.

N. 62. Celso, que siempre anda fraguando crímenes contra nosotros, nos acusa tambien de que decimos, que Dios ha sido enviado á los pecadores: que es como si condenase á un Príncipe compasivo, que enviase un Médico para que curára á sus vasallos enfermos. El Verbo Dios, pues, ha sido enviado á los pecadores como

Médico; y como Doctor de los divinos misterios, á los que se han purificado y ya no pecan.

Celso, que todo lo confunde por costumbre, exclama luego: ¡ah! ¿Por qué no ha sido enviado á los que están libres de pecados? ¿Por ventura es algun mal el no haber pecado?

Si habla de los que ya no pecan, considere lo que acabamos de decir, conviene á saber, que el Salvador ha sido enviado tambien por ellos, y con qué calidad: pero si habla de los que jamás han pecado, yo no sé que sea posible hallar hombres de esta especie, si se exceptua la humanidad siempre santa de Jesus.

Es una impostura de Celso, que nos haga decir, que el injusto hallará perdon en Dios, si se humilla á la vista de sus pecados; mas no el justo, si las virtudes de que está dotado desde el principio, le hacen levantar los ojos á Dios. Porque nosotros no creemos, que ningun hombre pueda estar dotado de virtudes desde el principio, puesto que es preciso que el pecado preceda. Ni decimos tampoco, que sea suficiente la humillacion de parte del injusto para ponerse en gracia de Dios; sino que además del pesar de sus culpas pasadas, es necesario que proceda con mucha precaucion y sabiduria.

N. 63. «Era preciso, dice Celso, llamar á todos los hombres, puesto que todos los hombres son pecadores.» Eso es cabalmente lo que hizo

Jesús: *Venid á mí, dice, todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviare.* (Mat. 11.)

N. 64. "¿Por qué, continúa, los pecadores son "preferidos á los demás?"

Los pecadores no son preferidos como pecadores; pero sucede alguna vez que un pecador, vivamente compungido de sus desórdenes, sinceramente humilde y penitente, es en la realidad preferido á otro que no sea tan gran pecador, pero que se lisonjee de no serlo absolutamente, y se envanezca con sus pretendidas virtudes. Esto es puntualmente lo que nos enseña la parábola del Fariseo y del Publicano. Este decía: *Dios mio, tened piedad de mí, que soy un gran pecador.* El Fariseo por el contrario, lleno de engreimiento, *Yo os doy gracias, decía, Señor, porque no me parezco al resto de los hombres, que son injustos, ladrones, adúlteros, ni tampoco á ese Publicano.* Veamos ahora el juicio que pronunció Jesús acerca de estos dos hombres: *El Publicano volvió justificado á su casa, mas no el Fariseo, porque todo aquel que se exalte será humillado, y todo aquel que se humille será exaltado.* (Luc. 18.)

Nada exágeramos tampoco, ni decimos cosa que sea injuriosa á la Divinidad, quando enseñamos, que todos los hombres desaparecen delante de la magestad suprema de Dios, y que deben incésantemente suplicarle, que les dé lo que les falta, y lo que él solamente puede darles.

N. 65. Celso piensa, que nosotros llamamos á

los pecadores, porque no pudiendo atraer á los justos, nos vemos precisados á abrir las puertas de nuestra creencia á los hombres mas infames y corrompidos: pero ponganse los ojos en nuestras asambleas, y se verá todo lo contrario. Es una cosa muy natural, que los que siempre han llevado una vida sábia y arreglada, deseen de todo corazón que nuestros dogmas acerca de las recompensas reservadas para los justos, sean ciertos, y que estén por consiguiente mas bien dispuestos á creerlos, que no los que han vivido en el desorden; los cuales deben por el contrario tener repugnancia en admitir un Juez supremo, que los condene á los castigos de que se han hecho merecedores.

Sucede tambien algunas veces, que por mas que la esperanza del perdón haya dispuesto á los pecadores, á reconocer lo que nosotros enseñamos acerca del juicio de Dios; los detiene sin embargo en sus antiguos desórdenes la cadena del hábito, y con dificultad consiguen romperla. Celso pasa todavia mas adelante, porque afirma que los pecadores de hábito no pueden jamás enmendarse enteramente, aun por el temor de las penas que los amenazan.

N. 66. Se engaña en esta parte: porque si bien es cierto que todos los hombres son por naturaleza propensos al mal, y la mayor parte contraen el hábito de ser malos; no por eso dexa de ser cierto, que estos últimos puedan mudarse en-

teramente. ¿No hemos visto en las varias sectas de los Filósofos, así como tambien entre nosotros, que muchas personas viciosas se han corregido de todo punto, hasta ser citadas por modelos de virtud? Dígalo sino un Hércules, un Ulises, un Sócrates, un Musonio. Los Filósofos mas afamados están contra Celso en esta parte, y piensan de conformidad con nosotros, que el tránsito á la virtud jamás es imposible á los hombres.

N. 67. Puede ser que Celso, quando dice que los hombres viciosos no pueden corregirse, hable solamente de los que se han abandonado á los mayores excesos; pero aún en este sentido es falsa su proposicion, segun nos lo manifiesta la historia de los Filósofos. Porque ¿puede haber en el mundo mayores excesos que los de un Fedón, el qual se deshonoró obedeciéndolo á las órdenes infames de su Maestro? ¿Puede la impudencia de un vicioso pasar mas adelante que la de Polemón, el qual juntamente con los compañeros de sus desórdenes entró en la escuela de Xênócrates, á insultar á un Filósofo que era escuchado con admiracion de todos? Sin embargo, únicamente vencidos de la razon estos dos hombres, hicieron despues tales progresos en la Filosofia, que Platón escogió al primero para que recitara el sublime y nervioso discurso que acerca de la inmortalidad del alma compuso Sócrates, condenado á beber la cicuta; y Polemón, convertido en el hombre mas sobrio del mundo, mere-

ció succeder á su Maestro el sábio Xênócrates.

N. 68. Por lo demás, no es extraño que unos discursos filosóficos, compuestos con todos los primores del arte, y pronunciados con tantas bellezas como energia, hayan causado tan favorables efectos: pero es sin dificultad el mayor y mas extraño prodigio, que las predicaciones de esos hombres zafios, á quienes Celso trata con sumo desprecio, hayan podido, como por arte de encantamento, convertir á la muchedumbre; hacer que los hombres mas viciosos amen y practiquen la templanza, y los mas injustos la justicia; armar de un valor invencible á los corazones mas tímidos; y hacer finalmente que todos provoquen la muerte y los tormentos en defensa de nuestra Religion. Los discursos de los Apóstoles, fundadores de la Iglesia de Dios, persuadiéron á los espíritus; pero persuadiéron de un modo muy distinto que la sabiduría de Platón y demás Filósofos, los quales en nada eran superiores al hombre. Dios mismo dictaba á los Apóstoles los discursos que ellos empleaban; su espíritu les comunicaba el don de persuadir. Por eso su predicacion se esparció por todo el universo con una rapidez inaudita, y venciendo todos aquellos obstáculos que oponia una naturaleza perversa acompañada de hábitos criminales, convirtió y reformó á su arbitrio un considerable número de hombres, á quienes hasta entonces, ni aun el temor habia podido contener en sus desórdenes.